

Hablemos de una revolución de la energía y del empleo

Kumi Naidoo

Crear nuevos empleos decentes, luchar contra la pobreza y frenar el catastrófico cambio climático se han considerado siempre tres desafíos distintos acometidos por tres movimientos distintos: sindicatos, organizaciones de desarrollo y defensores del medio ambiente. Esto no puede seguir así. En los últimos años, a medida que el cambio climático se ha convertido en una cuestión aún más apremiante y, una vez más, las instituciones financieras internacionales se han revelado incapaces de crear empleo o de combatir la pobreza, las personas y las organizaciones se han percatado de que a todos los ciudadanos del mundo nos interesa luchar por una política industrial verde. Esto debería empezar con una reevaluación del modo en que producimos y distribuimos la energía.

A todos los ciudadanos del mundo nos interesa luchar por una política industrial verde

La [R]evolución Energética de Greenpeace, emprendida conjuntamente con más de 30 científicos e ingenieros de todo el mundo, propone un cambio radical en el modo en que el mundo produce, distribuye y, por último, consume la energía. Se trata de una hoja de ruta que acerca la producción de energía al punto de utilización de la misma. Con el sistema actual, producimos grandes cantidades de energía en pocas ubicaciones centralizadas, y la enviamos por largas rutas a donde se consume. El sistema es inflexible, a menudo derrochador, y deja a grandes segmentos de población sin abastecer y sin acceso a ningún tipo de energía.

Además de estar centralizada geográficamente, la producción de energía también está centralizada en lo que respecta a la influencia, con el control concentrado en manos de unas pocas compañías energéticas muy poderosas. Demasiado a menudo, estas compañías funcionan como monopolios, imponiendo la disponibilidad, los precios y el acceso. Como las compañías energéticas no abastecen a los pobres, cerca de un tercio de la población mundial (más de 2.000 millones de personas) viven con poco o ningún acceso a servicios energéticos fiables. Para cocinar y calentar el hogar muchas personas

dependen casi exclusivamente de quemar biomasa, un proceso muy laborioso que a menudo resulta perjudicial para la salud y el medio ambiente.

Llevar energía a estas partes del mundo en desarrollo no sólo nos ayudaría a abordar la cuestión prevalente de la pobreza; si se hiciese de inmediato también supondría un gran paso hacia un futuro más equitativo y sostenible. Un paso así también ayudaría a contener el calentamiento global y crearía millones de nuevos empleos en el proceso.

La buena noticia es que la [R]evolución Energética está a nuestro alcance. Si hacemos los cambios pertinentes durante aproximadamente los diez próximos años, podremos rediseñar el obsoleto sistema energético de que dependemos en la mayor parte del mundo, y acercarnos a un futuro abastecido en su mayor parte por el sol, el viento y las fuerzas naturales de la tierra. Esto crearía beneficios no sólo para el medio ambiente, sino también para los trabajadores.

La [R]evolución Energética requiere energía descentralizada, que procede, en la medida de lo posible, de fuentes renovables como el viento o el sol, y está conectada al sistema de red de distribución local. Esta «microred» local suministra energía a hogares y oficinas, más que al sistema de transmisión de alto voltaje. Para 2050, el escenario contemplaría una gran proporción de energía mundial producida a través de dichas fuentes descentralizadas – complementadas, cuando fuese necesario, por grandes parques eólicos, concentrando las plantas de energía solar (CSP) en los Estados del sur y suroeste –, así como de otros recursos renovables de energía. Una mayor proximidad entre las plantas generadoras de energía y los consumidores permitirá que todo el calor residual de los procesos de combustión se utilice para los edificios próximos, un sistema conocido como cogeneración o producción combinada de calor y electricidad. Esto significa que prácticamente toda la energía que entra se utiliza.

La [R]evolución Energética es un triunfo no sólo para el medio ambiente, sino también para los habitantes. Ciudades, pueblos y comunidades locales

**La [R]evolución Energética
podría crear hasta
12,5 millones de empleos
para 2020**

podrán producir, controlar y sacar provecho de su propia energía, sin pasar por los principales monopolios. Si se organiza correctamente, la [R]evolución Energética también crearía millones de nuevos empleos en el sector del suministro de energía eléctrica en el mundo, hasta 12,5 millones de empleos para 2015 (4,5 millones más que las previsiones actuales). Con un aumento significativo de la asimilación de la energía renovable, se crearían más de 8 millones de empleos para 2020 sólo en dicho sector, cuatro veces más que en la actualidad.

El espaldarazo al empleo sólo se conseguirá con una política y objetivos agresivos en materia de energía renovable. Greenpeace reclama a los gobiernos una serie de medidas de protección frente a los cambios que alteren el equilibrio del empleo, que proporcionen empleo y formación en las comunidades afectadas. Si no se hace nada, observaremos considerables pérdidas de empleo en el sector de los combustibles fósiles, y no se producirá una expansión en la producción de energía limpia que las compense. Si se invierte en energías renovables, será posible proporcionar más empleo de sustitución para contrarrestar las pérdidas, en ámbitos como el de la turbina eólica y la fabricación de PV solares, extracción geotérmica, construcción de centrales termosolares, instalaciones de energía undimotriz, eficiencia energética y muchas otras alternativas de empleo más limpias.

Si observamos el sector eléctrico en su conjunto, el panorama es igual de alentador: rediseñando radicalmente nuestros sistemas energéticos como hemos señalado antes, se crearán 3,2 millones de empleos (más del 33 por ciento) para 2030 en el sector de suministro eléctrico mundial. En Asia, el número de empleos que acogería el sector de la energía eléctrica en 2015 sería de 650.000, frente a los 610.000 que cabría esperar en un escenario habitual. En la India, el número de empleos del sector eléctrico sería de alrededor de un millón, frente a los 710.000 del panorama energético habitual. Además de la cantidad, la calidad de muchos de estos nuevos empleos es digna de mención. El empleo en sectores nuevos o ampliados a través de una [R]evolución Energética serían, a menudo, de mejor nivel que los creados, por ejemplo, por la industria del petróleo. Estarán a años luz de los riesgos y peligros de la tecnología del siglo XIX, de la que depende una parte muy importante del mundo para la producción de su energía. Si nos alejamos de las fuentes de energía sucias y mortíferas, como los combustibles fósiles y la energía nuclear, crearemos muchos empleos nuevos, que serán limpios, seguros y saludables.

Para los países en desarrollo, todo esto significa una gran oportunidad de ponerse al nivel del mundo más desarrollado, tanto financiera como tecnológicamente. Al aplicar nuevas formas de energía, estos países podrían dejar atrás la era de la energía sucia de la que los países desarrollados están saliendo, y pasar directamente a una energía limpia y sostenible, con la que se evitarían los precios del petróleo cada vez más elevados, las reservas cada vez más escasas de combustibles fósiles y los peligros permanentes que conllevan estos tipos de energía. Al adoptar las tecnologías del siglo XXI, no sólo podrían reducir drásticamente sus emisiones de CO₂ y desempeñar un papel importante en la lucha mundial contra el cambio climático, sino que también se situarían en la senda del crecimiento económico, desligándose de la dependencia de los

combustibles fósiles y respetando los límites naturales del planeta que todos compartimos.

El momento no podría ser mejor: muchas centrales eléctricas de países industrializados, como los Estados Unidos, el Japón y los miembros de la Unión Europea, se están acercando al final de su vida útil; más de la mitad de las que se encuentran en funcionamiento tienen más de 20 años. Al mismo tiempo, países como el Brasil, China e India están buscando cómo satisfacer la creciente demanda energética generada por sus economías en expansión.

Pero la [R]evolución Energética no se producirá por sí sola. Necesitamos que los gobiernos y la industria de todo el mundo apliquen las políticas adecuadas para llevar a cabo cambios estructurales en el sector de la energía y la electricidad. Lamentablemente, pocos de nuestros líderes actuales – políticos o económicos – consideran que promover una revolución en el modo en que tratamos el planeta pueda acarrear ventajas por sí mismas.

Habida cuenta de que el cambio beneficia a la población y al planeta, y no necesariamente a los grandes negocios, se necesitará la voluntad de millones de personas de todo el mundo para obligar a los que están en el poder a crear la infraestructura política para operar el cambio. Necesitaremos un movimiento internacional de hombres y mujeres honestos que englobe a las organizaciones medioambientales, los sindicatos, las organizaciones para el desarrollo y muchos otros que no se han parado a pensar en cómo el medio ambiente nos afecta a todos.

Nota

Para más información sobre la propuesta de Greenpeace para una [R]evolución Energética véase www.greenpeace.org/energyrevolution

Kumi Naidoo es el Director Ejecutivo de Greenpeace International. Empezó su carrera como activista y joven líder en la lucha de Sudáfrica contra el apartheid. Más tarde fue director ejecutivo fundador de la South African National NGO Coalition (SANGOCO) antes de dirigir CIVICUS, la Alianza Mundial para la Participación Ciudadana de 1998 a 2008. Fue presidente fundador de la Global Call to Action Against Poverty (GCAP), presidente de la alianza de la sociedad civil Campaña Global para la Acción Climática (AMCC), de la que Greenpeace era miembro fundador, y miembro de la Junta de la Asociación para los Derechos de la Mujer y el Desarrollo.